

su albur en el otro mundo lo mismo que en este. Como observa Breasted: «En ningún pueblo antiguo o moderno, ha ocupado lugar tan preeminente como entre los antiguos egipcios la idea de una vida más allá de la tumba.» La vida, al menos para los más afortunados, fue siempre tan grata junto a las márgenes del Nilo, con sus claras y serenas auroras, sus tardes soñolientas, sus inmensas y llameantes puestas de sol y sus dulces noches estrelladas, que seguramente aquello perduraría eternamente.

Esto me lleva de la mano a una idea, bastante familiar para nosotros, pero sorprendente—y confieso que decepcionante para mí—cuando tropezamos aquí con ella. La encontramos en una cita que hace Budge del antiguo *Libro de los Muertos* egipcio. El fallecido pregunta al dios Thoth: «¿Cuánto tiempo tendré que vivir?» Y Thoth replica: «Está decretado que vivirás millones de millones de años, una vida de millones de años.»

De un salto, parece como si hubiéramos llegado a uno de los rincones más mezquinos de nuestra propia era. Aquí no hay ninguna sabiduría esotérica. Esta es la llamada eternidad de nuestros fundamentalistas bíblicos, espiritualistas y demás, la falsa eternidad que es simplemente nuestro tiempo que pasa, transcurriendo sin cesar jamás. Es el tiempo según creemos conocerlo, sin ningún cambio cualitativo, solo más y más y más tiempo de ese. Aunque en esa vida de ultratumba podamos ser invisibles a los ojos mortales, existiendo en algún lugar como detrás de un velo, todavía estaremos en el Tiempo y en la Historia; no ha habido cambio fundamental. Se nos pide que vivamos en un universo brutalmente simplificado.

Puede que los ricos y poderosos, entonces como ahora tan frecuentemente temerosos, vanos y egoístas, tuvieran que ser mimados incluso en el *Libro de los Muertos*. Pero, desde luego, hombres primitivos, como los aborígenes australianos, podían hacer mejor papel que ese. La idea del Gran Tiempo, el tiempo del sueño eterno, con su diferencia cualitativa, su *todo al mismo tiempo* en lugar de una cosa detrás de otra, es infinitamente más profundo. Cierta sabiduría parece haberse perdido cuando cazadores y cavernícolas se asientan para labrar la tierra, y luego se convierten no solo en agricultores, sino en funcionarios civiles, generales, sumos sacerdotes, adivinos y faraones. Y nació una idea nociva, la idea de que la eternidad es

simplemente una vasta ración del tiempo que pasa, una idea que causa daño hasta en nuestros días. ¡Cuántas mentes sensibles deben haberse sentido, primero, perplejas y, después, repelidas por esta falsa eternidad que les ofrece el cristianismo evangélico, incluido el Cielo, que llegaría a saciar después de tanta repetición, y no digamos nada de la pesadilla de ese Infierno eterno, uno de los conceptos más malignos que jamás haya entrado en la mente humana!

Convengo en que podría argüirse—y ahora toda una hueste de sacerdotes de túnicas azafranadas parecen mirarme con aire reprobador por encima de sus cuencos mendicantes—que lo que el dios Thoth ofrecía a su preguntador no era la falsa eternidad del cristianismo popular, sino las innumerables encarnaciones, nuestro destino mientras permanecemos ligados a la rueda, aceptadas por los budistas. Podría decirse que ese egipcio viviría millones de años, porque retornaría una y otra vez al Tiempo, bajo formas y personalidades sucesivas, hasta quedar finalmente purgado de todo nuevo deseo de una nueva existencia en esta tierra. (De acuerdo con esta teoría, puede que le hayamos visto como jefe supremo de una corporación humana o como vendedor callejero de juguetes).

### 3. Griegos y romanos

He pospuesto hasta el capítulo sexto toda consideración respecto a la antigua visión india sobre reinos e imperios, mundos, universos enteros, encendiéndose y apagándose, desvaneciéndose como pompas de jabón. Esta visión, en el pensamiento griego, más sobrio, se convirtió en el Tiempo que se mueve perennemente, en una procesión ordenada, alrededor de lo Eternal. Pero vale la pena observar que, especialmente entre los griegos antiguos, subsistió cierta idea procedente de esta otra cosmología portentosa.

El ciclo completo más pequeño, para la India, era el *mahayuga*, compuesto por cuatro edades, cada una de ellas más breve que la precedente y cada una de ellas revelando menos del divino *dharma*. En el principio del ciclo, estaba el *Krita yuga*, la edad perfecta en la cual vivían los hombres en armonía con el orden divino del universo, y, en el final del ciclo, estaba la cuarta edad, la edad mala, el *Kali yuga*. (Nosotros estamos ahora en un *Kali yuga*, llegando, ciertamente, hacia su final, bambo-

leándonos hacia el caos y las tinieblas.) Pero fue la idea de algo como el Primero, más largo y feliz de estos períodos, el *Krita yuga*, lo que pervivió hasta el pensamiento griego y se convirtió en la Edad de Oro.

Esta idea de un tiempo antiguo, un paraíso terrenal, en donde todo fue sencillo y bueno, ha sido una de nuestras obsesiones más persistentes. (La hallamos incluso en el sarcástico bosquejo que de la historia hace Laotsé: «Tras la pérdida de Tao, tenemos la bondad; tras la pérdida de la bondad, tenemos justicia; tras la pérdida de la justicia, tenemos control y orden social, el debilitamiento de la lealtad y la honestidad de corazón y el comienzo del caos.») Está detrás de todos los pastores y pastoras de la Arcadia, los Strephon y Phyllis de la literatura. Está en el descubrimiento que hace Rousseau del Buen Salvaje. Jóvenes entusiastas todavía parten para los Mares del Sur en su busca. Uno de nuestros teóricos contemporáneos más intrépidos, H. S. Bellamy, nos dice que, entre la desintegración final de la antigua luna (lo cual, de un modo u otro, proporcionó al *Libro de las Revelaciones* sus imágenes apocalípticas) y la captura por parte de la tierra de un nuevo satélite, es decir, nuestra luna actual, hubo un considerable intervalo sin luna, sin mareas y siniestras noches brillantes, una época sosegada y feliz, que el hombre recuerda como la Edad de Oro.

Solo merced a un esfuerzo sumamente resuelto, algunos de nuestros tecnólogos, tanto en el Este como en el Oeste, han arrancado del pasado a la Edad de Oro y la han plantado en el futuro inmediato, cuando 6.000 millones de nosotros viviremos dichosamente en viviendas de cemento, en ciudades de cien millas de longitud, vestidos de plástico, alimentados con terrones de proteínas sintéticas y vistos por—no viendo—la televisión. Ni siquiera siendo niño pude creer nunca por completo en aquella Arcadia criadora de ovejas, tan limpia, nítida y seca, pero prefiero la Edad de Oro del pasado a la del futuro.

Parecemos tan cerca de los griegos en muchos aspectos, que podemos sentir la tentación de desentendernos, con un encogimiento de hombros, de su diferente actitud con respecto al Tiempo. El hecho de que ellos se imaginasen que este se movía en un gran círculo, puede parecer de escasa importancia al principio. Pero existe una profunda diferencia entre las

ideas cíclicas y las rectilíneas respecto al Tiempo. Los griegos no se veían a sí mismos en la Historia como los vemos nosotros. Ciertamente podían estar en desacuerdo, como en realidad lo estaban, en cuanto a la cualidad de la vida del hombre a lo largo del ciclo. Algunos hombres de la Edad de Oro, como Hesíodo, pudieron creer que el mundo, nuevo y resplandeciente, no volvió nunca a ser tan bueno como fuera al comienzo del ciclo. Otros (puede que fuese cuestión de temperamento) pudieron rechazar esta idea de un empeoramiento gradual, para aseverar la existencia de un perfeccionamiento progresivo, como Jenófanes: «Los dioses no revelaron a los hombres todas las cosas al principio; pero, en el curso del tiempo, mediante la búsqueda, estos hacen nuevos descubrimientos.»

Esto puede asemejarse sospechosamente a un sentido de la Historia. Pero no lo es, en el concepto que nosotros tenemos del término. Nada acaecía por primera y última vez. No se hallaban en un camino, sino en una especie de inmenso tióvivo, con los dioses eternos y sus estrellas inmutables allí donde están el motor y la música, en el centro, inmóviles.

Podían discrepar respecto al carácter exacto de los círculos recurrentes. Así, Pitágoras y sus seguidores insistían en la repetición de todo detalle. Y Endemo, discípulo de Aristóteles, decía de ellos: «Si hemos de creerlos, volveréis a estar sentados delante de mí otra vez, mientras yo os hablaré y sostendré esta varita, exactamente como estamos ahora.» (Idea de recurrencia exacta que encontraremos de nuevo más tarde.) El propio Aristóteles declaraba que «las mismas opiniones han brotado en ciclos entre los hombres, no una vez ni dos, no unas cuantas veces, sino con infinita frecuencia», aunque Aristóteles solo pensaba en repeticiones aproximadas, a diferencia de Pitágoras. Su análisis del Tiempo, como veremos, es muy agudo; sin embargo, no niega, en escala cósmica, su movimiento circular.

En aquella gloriosa mañana de los griegos antiguos—y tal vez la humanidad no haya tenido nunca otra que pueda compararse—, esta idea de recurrencia probablemente les dio una confianza que pocos hombres, salvo los santos y los inocentes bienaventurados, habrán conocido jamás desde entonces. Debieron de pensar que todas las cosas, desde la más grande hasta la más insignificante, estaban en su lugar. Aunque, en su movimiento, el Tiempo